

*La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.*

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in B. Athanasii, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolvet peccatis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

*La epistola es del cap. 4 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Non nosmetipsos prædicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum; nos autem servos vestros per Jesum: quoniam Deus, qui dixit de tenebris lucem splendescere, ipse illuxit in cordibus nostris ad illuminationem scientiæ claritatis Dei, in facie Christi Jesu. Habemus autem thesaurum istum in vasis fictilibus; ut sublimitas sit virtutis Dei, et non ex nobis. In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur: aperiimur, sed non destituimur: persecutionem patimur, sed non derelinquimur: deiecimur, sed non perimus: semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris. Semper enim nos, qui vivimus, in mortem

Rogámoste, Señor, que oigas benigno las súplicas que te hacemos en la solemne fiesta de tu bienaventurado confesor y pontífice Atanasio, y que nos libres de todos nuestros pecados, por los méritos de aquel que te sirvió con tanta fidelidad. Por nuestro Señor Jesucristo...

Hermanos: No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo nuestro Señor; á nosotros, pues, como siervos vuestros por Jesus: porque Dios, el cual dijo que resplandeciese la luz de entre las tinieblas, él mismo resplandeció en nuestros corazones, para que se hiciese clara la ciencia de la gloria de Dios en el semblante de Jesucristo. Pero este tesoro le tenemos en vasos de barro, para que la superioridad sea de la virtud de Dios, y no de nosotros. Por todas partes padecemos tribulacion, pero no decaemos de ánimo: somos angustiados, pero no nos desesperamos: padecemos persecucion, pero no somos abandonados: somos abatidos, mas no perecemos; llevando siempre por todas partes en nuestro

tradimur propter Jesum: ut et vita Jesu manifestetur in carne nostra mortali. Ergo mors in nobis operatur, vita autem in vobis. Habentes autem eundem spiritum fidei, sicut scriptum est: Credidi, propter quod locutus sum, et nos credimus, propter quod et loquimur: scientes quoniam qui suscitavit Jesum, et nos cum Jesu suscitabit, et constituet vobiscum.

cuerpo la mortificacion de Jesucristo, para que tambien la vida de Jesus se manifieste en nuestros cuerpos. Porque continuamente nosotros, que vivimos, somos entregados á la muerte por amor de Jesus, para que tambien la vida de Jesus se manifieste en nuestra carne mortal. Triunfa, pues, la muerte en nosotros, y en vosotros la vida. Pero teniendo el mismo espíritu de fe, segun está escrito: Creí, por lo cual hablé; y nosotros creemos, por lo cual tambien hablamos: sabiendo que aquel que resucitó á Jesus, nos resucitará tambien á nosotros con Jesus, y nos colocará entre vosotros.

#### NOTA.

« Escribió san Pablo esta segunda epistola movido » de la adhesion que mostraban los Corintios á la » doctrina que les habia predicado, y de los esfuerzos que hacian algunos falsos apóstoles para des- » acreditarle. Su objeto en este capítulo IV, de donde » se sacó la epistola de la misa, es persuadir á aquellos fieles, que aunque los ministros del Evangelio » estén sujetos á muchas tribulaciones, y se hallen » cada dia expuestos á mil humillaciones, no por » eso deben los verdaderos fieles desmayar ni entibiarse. »

#### REFLEXIONES.

No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo nuestro Señor. *Non nosmetipsos prædicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum.* Solo pueden

decir esto con verdad los ministros fieles del Evangelio. ¡Pero ah, y cuántos infieles ministros hay! Muchos predicán á Jesucristo solo por predicarse á sí mismos; el principal fin de sus sermones es su propia estimacion y su fama. De aquí proviene aquel eterno hablar de sus trabajos, de sus resultados y de sus maravillas; de aquí aquel fastidio universal, aquel desdeñoso menosprecio con que tratan todo lo que produce otro terreno: en sus ojos no hay frutos preciosos, sino los que son de su cosecha. Pero el espíritu de Dios tiene otras máximas, habla otro lenguaje; los hombres verdaderamente apostólicos se estiman poco, y se alaban menos.

*In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur*: es cierto que en todas partes nos salen al encuentro las tribulaciones, mas no por eso desmayamos, ni aun nos afligimos. ¡Oh, y qué diferencia tan grande hay entre las mortificaciones que se padecen en el servicio de Dios, y las espinas que se hallan en el servicio del mundo! Aquellas punzan poco, son fecundas y producen un fruto de un gusto incomparable; estas son siempre estériles, siempre penetrantes, y tan ponzoñosas, que su herida no tiene cura.

Es preciso confesarlo, las adversidades son fruta de todas las estaciones, nacen en todos los terrenos, no hay clima que no sea el propio suyo; pero las adversidades que envía Dios á los buenos, son de especie muy distinta de aquellas que experimentan los mundanos. A estos, tristes víctimas de la ambicion, siempre les acompañan las amargas interiores, los remordimientos mortales, despechos que los despedazan, y una desesperacion que los devora: ¿y qué recurso, qué consuelo tienen en sus miserias? Nosotros, exclama el Apóstol, *dejicimur, sed non perimus*; tambien tenemos mucho que padecer, pero no nos desespe-

ramos; tampoco nos faltan aflicciones, pero no carecemos de consuelos. Uno de ellos es la consideracion de la mano que siembra estas cruces, y que reparte estas amargas. Sabemos bien que el mismo sol que levanta los vapores, tiene virtud para disiparlos. Gran consuelo es el pensar que Dios tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza, y que no ha de permitir que perezca ni uno solo; gran satisfaccion el saber que tendremos por remunerador al mismo que tuvimos por modelo, y que ha de ser nuestro juez; gran gloria el caminar por las mismas huellas que nos dejó estampadas el Salvador, y acabar de cumplir lo que faltó á los tormentos de Jesucristo, haciendo gala de su librea. Por eso no es de admirar que el mismo Apóstol exclame en otra parte: *Estoy lleno de consuelo; rebosa mi corazon de gozo y de alegría en medio de mis tribulaciones y de mis trabajos. ¿Qué hombre del mundo pudo decir jamás otro tanto? Hay en el mundo trabajos, hay tribulaciones, hay persecuciones; pero ¿hay los mismos consuelos? ¿hay las mismas dulzuras? ¿cuál es el premio, cuál la recompensa de lo que se padece por el mundo?*

*Persecutionem patimur*, prosigue el Apóstol, *sed non derelinquimur*: somos perseguidos, mas no somos abandonados. Aquel divino Salvador que san Estévan vió en pie á la diestra de Dios Padre, está todavia presente á los combates que sostienen con valor los que le sirven. Es cierto que siempre habrá enemigos que persigan la religion; pero tambien lo es que siempre hallará ella dentro de sí misma armas para defenderse, y todos los auxilios que ha menester para que no la atropellen. Lo mismo se puede decir de la virtud cristiana.

*El evangelio es del cap. 10 de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus      En aquel tiempo dijo Jesus á  
discipulis suis: Cùm perse-      sus discípulos: Cuando os per-

quantur vos in civitate ista, fugite in aliam. Amen dico vobis, non consummabitur civitates Israel, donec veniat Filius hominis. Non est discipulus super magistrum, nec servus super dominum suum. Sufficit discipulo, ut sit sicut magister ejus: et servo, sicut dominus ejus. Si Patrem familias Beelzebub vocaverunt: quantum magis domesticos ejus? Ne ergo timueritis eos: Nihil enim est opertum, quod non revelabitur: et occultum, quod non sciatur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, predicite super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere: sed potius timete eum, qui potest et animam et corpus perdere in gehennam.

signan en esta ciudad, huid á otra. En verdad os digo, no acabaréis (de instruir) las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre. No hay discípulo sobre el maestro, ni siervo sobre su señor. Bástale al discípulo que sea como su maestro, y al siervo como su señor. Si llamaron Beelzebub al señor de la casa, ¿cuánto más á sus familiares? No tengais, pues, miedo de ellos. Porque nada hay escondido que no se haya de descubrir; y nada oculto que no se haya de saber. Decid en día claro lo que yo os digo en tinieblas; y lo que habeis oido á la oreja, predicadlo sobre los terrados. Y no temais á aquellos que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma; sino temed más bien á aquel que puede perder el alma y el cuerpo echándolos al infierno.

### MEDITACION.

#### DEL TEMOR DE DIOS.

##### PUNTO PRIMERO.

Considera que el temor de Dios es el principio de la verdadera sabiduría; la fe, la razon y el buen juicio nos infunden este santo temor. Y á la verdad, ¿puede haber más insigne locura que no temer á Dios?

*Teme á Dios, dice el Sabio, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre.* Bien se puede

decir que el hombre sin este santo temor es nada. Demos que sea el más despejado, el más penetrante ingenio de todo el mundo; demos que por su nacimiento, por sus riquezas, por sus empleos, por sus prendas descuelle sobre todos los demás hombres: si no teme á Dios, ¿qué viene á ser á los ojos de Dios, el cual es el único que juzga sanamente de todas las cosas? ¿qué será á los ojos de las criaturas por la infinita duracion de todos los siglos? ¿qué será á sus mismos ojos por toda la eternidad?

Preciso es tener algun temor; porque el temor es igualmente efecto del amor propio que de la razon: es una inquietud del alma, que se persuade no ha de llegar á conseguir un bien que desea; es una aprension de algun mal que nos amenaza. Ninguno puede eximirse de estos afectos, porque son muy naturales, muy propios de nuestra naturaleza. Si el temor es racional, es prudencia. Pero al fin, ¿qué es lo que se teme? La privacion de algun bien, de que al cabo nos ha de despojar la muerte infaliblemente; la disminucion de la honra, de la estimacion, del crédito, que consisten en una vana opinion, y que al fin se han de desvanecer como sombra ó como sueño. Témense las enfermedades, las dolencias que no pueden faltar; las adversidades y los trabajos que son inseparables de la vida; en fin, se teme la muerte, que es necesario que llegue; pero no se teme á Dios, autor y único origen de todos los bienes. No se teme á Dios, de quien depende nuestra fortuna en esta vida, y nuestra felicidad en la otra; no se teme á Dios, quien solo puede calmar las olas, disipar las tempestades, prevenir las desgracias, y quitar á la muerte todo lo que tiene de terrible; no se teme á Dios, siendo el único á quien en rigor debiéramos contemplar, y el único á quien debiéramos temer. Solamente los insensatos pueden vivir sin este

santo temor. ¿Dónde hay prueba mas evidente de locura que en esta necia, en esta impía seguridad? El temor de los males de esta vida puede provenir de cobardía y de flaqueza; pero el temor de Dios es inseparable de la verdadera sabiduría, de la grandeza de corazón. Los locos y los niños son los únicos que no temen los grandes precipicios, porque no los conocen. No temer á Dios, siempre es corrupcion del corazón y falta de entendimiento.

Al temor santo de Dios acompañan inseparablemente todas las virtudes cristianas. El que teme, cree; el que teme perder, espera; y como no hay aquí un temor servil, sino filial, esto es, un temor de amor y de respeto, nunca queda excluida de él la caridad. Pero ¿se hallarán estas virtudes capitales de nuestra religion en una alma que no teme á Dios?

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera cual es el verdadero sentido de este oráculo: *No temais á los que pueden quitar la vida del cuerpo, y no pueden quitar la vida del alma.* Sea uno aborrecido, odiado, perseguido, ultrajado hasta no poder mas; llegue en buena hora la persecucion hasta quitarle la vida; este es un bien, que al fin es necesario perder. De aquí no puede pasar todo el poder y toda la malignidad de los hombres: lo mas que pueden hacer es anticipar algunos dias un despojo inevitable; pero esta alma eterna é inmortal no es de su jurisdiccion. ¿Cuántos ilustres mártires espiraron en los cadalsos! ¿cuántos inocentes fueron maltratados! ¿cuántas personas virtuosas vivieron arrinconadas y cubiertas de polvo! Buen ejemplo es el de san Atanasio. Su desgracia fué obra de la malicia de los hombres; pero esta desgracia solo sirvió para añadir mayor estimacion á su mérito; su gloria recibe ahora de ella un nuevo esplendor en el

cielo: todas sus persecuciones, todas sus desgracias sirven de asunto á su elogio.

*Pero temed*, prosigue el Salvador, *al que puede precipitar el cuerpo y el alma en el infierno.* ¿A quién se ha de temer, si no se teme á un Dios tan poderoso, á un juez tan formidable?

¿Qué cosa mas puesta en razon y mas natural que temer á un Dios, que es el único que nos puede hacer felices, que nos ha hecho y cada dia nos está haciendo mayores beneficios de lo que podemos comprender? ¿Qué cosa mas justa que temer el irritar á aquel Dios, que por un solo pecado mortal puede precipitar cuerpo y alma en el infierno? No hay poder en el mundo á quien se deba temer mas allá de la vida; pero la ira de Dios nunca se deja sentir mas, y nunca es en efecto mas terrible que despues de la muerte: suplicios eternos, llamas inextinguibles, remordimientos que nunca se acaban, venganza sin medida, sin limites, sin mitigacion, para todos aquellos que mueren en su desgracia. ¿Qué te parece? ¿hay razon para temer á Dios? Y un hombre que no le teme, ¿qué será? ¿Será hombre de bien, hombre recto, hombre honrado, hombre contenido? ¿qué moderacion tendrá? ¿qué freno pondrá á sus pasiones? ¿qué medida, qué limites á su apetito, á la licencia, á la disolucion? Es el temor de Dios aquel cercado que defiende la viña; abierto el cercado, queda expuesta á que todos la vendimien, la pisen y la destruyan.

Dadme, Señor, este santo temor vuestro tan necesario y tan saludable. Ámeos yo, divino Salvador mio, y nada tema tanto como ofenderos, nada tanto como no amaros en tiempo, y como perderos por toda la eternidad.

## JACULATORIAS.

*Non sige timore tuo carnes meas : à judiciis enim tuis timui. Salm. 118.*

Penetrad mi alma de vuestro santo temor, para que me ponga en estado de evitar vuestros terribles juicios.

*Beatus vir qui timet Dominum : in mandatis ejus volet nimis. Salm. 111.*

Bienaventurado el hombre que teme al Señor, y coloca su placer en guardar sus mandamientos.

## PROPOSITOS.

1. *El principio de la verdadera sabiduría*, dice el Profeta, *es el temor de Dios*. Nada prueba mas la pobreza de entendimiento y la insensatez, y al mismo tiempo la depravacion del corazon, que el no temer á Dios. Hay un temor servil, que es el de los esclavos, los cuales temen el castigo, sin atender al mérito de la persona ofendida. *Pero nosotros*, dice san Pablo, *no somos hijos de la esclava, sino de la libre* (1); y nuestro temor debe ser como el de aquellos buenos hijos que solo temen ofender á un padre á quien aman tiernamente. Quanto mas se ama á uno, mas se teme desobedecerle y enojarle. De aqui nace aquella exactitud en cumplir con las obligaciones de su estado; aquel deseo de anticiparse al precepto; aquella delicadeza de conciencia en todo lo que toca á la religion y á la piedad. Procura conseguir este temor de Dios tan saludable. El entendimiento se domestica con el vicio, la conciencia se ciega, el corazon se endurece con la costumbre del pecado : entonces hay poco temor de Dios, ó insensiblemente se llega

(1) Ad Gal. 4.

á perderle del todo : trátanse de vanos espantajos, de pusilanimidad de espíritu, de escrúpulos irracionales, el temor de Dios y esa delicadeza de conciencia, que una vez perdida por la culpa, rara vez se recobra. Guárdate bien de zumbarte jamás de esa delicadeza escrupulosa, que es como la legitima de las almas santas. Confúndate su fervor, su puntualidad, su vigilancia; y habla siempre de ellas con estimacion y con elogio, temiendo mucho ofender á Dios si observas otra conducta.

2. Huye quanto puedas de tratar con aquella especie de personas que se precian *de spiritus fuertes*, esto es, que temen poco ó nada; de aquellas que tienen por licito todo lo que lisonjea á la concupiscencia y al amor propio, que de nada dudan, en nada reparan, y tratan de menudencias, de bagatelas, de devociones mujeriles las devociones mas provechosas. La conversacion de esta especie de gentes, aunque por lo comun parezca juiciosa y arreglada, siempre es contagiosa. No te avergüences de parecer hombre timorato. ¿Con qué temor, y aun con qué escrupulosidad se cuida de no disgustar al principe? Cada cual hace vanidad y aun mérito de ser escrupuloso en este punto. ¿Pues de cuando acá se ha de avergonzar un cristiano de ser exacto en dar gusto á Dios? Examina si hay algo que reformar en tu casa, en tu familia, en tu persona, en tu conducta; mira si hay algo que te ofrezca algun motivo de temor. Si tienes hijos, criados ó dependientes, repíteles frecuentemente aquella admirable leccion que daba Tobias á su hijo : *Omnibus diebus vitæ tuæ in mente habeto Deum, et cave ne aliquando peccato consentias* : Acuérdate todos los dias, todos los instantes de tu vida, que estás en la presencia de Dios, y guárdate bien de consentir en algun pecado. Seremos dichosos, si temiéremos siempre á Dios, *si timuerimus*

*Deum.* Es devocion muy útil repetir muchas veces la siguiente oracion :

*Sancti nominis tui, Domine, timorem pariter et amorem fac nos habere perpetuum; quia nunquam tua gubernatione destituis, quos in soliditate tue dilectionis instituis. Per Dominum nostrum...*

« Haced, Señor, que se arraigue en nuestras almas el amor y el temor perpetuo de vuestro santo nombre; porque nunca desampara vuestra providencia á los que afianzais en la solidez de vuestro amor. Por nuestro Señor Jesucristo... »

### DIA TERCERO.

#### LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ.

Celebra la Iglesia esta fiesta en memoria del descubrimiento que hizo en Jerusalem la emperatriz Elena, madre del emperador Constantino, del sagrado trofeo de nuestra redencion, el año 326, poco tiempo despues que el mismo emperador habia derrotado al tirano Majencio en virtud de la señal de la cruz.

Iba Constantino á presentar la batalla á este tirano, que le esperaba con un ejército de casi doscientos mil combatientes; y conociendo que necesitaba de auxilio superior para vencerle, dirigió su corazon y sus votos al Dios de los cristianos, cuyo poder no ignoraba, no cesando de invocarle todo el tiempo que duró la marcha. En medio del dia, que habia amanecido muy despejado y sereno, vió en el aire una resplandeciente cruz, mas brillante que el mismo sol, orleada de una inscripcion con caracteres de luz, que decia así: *In hoc signo vinces*: vencerás en virtud de esta señal. Aquella misma noche se apareció Cristo á

Constantino con el mismo sagrado símbolo que habia visto en el cielo, y le mandó que haciéndolo copiar, se sirviese de él en los combates. Obedeció el emperador: y dando órden para que pasasen á su tienda los mas hábiles lapidarios y plateros, les explicó la figura de la insignia que queria fabricasen, y les ordenó que la hiciesen de oro y la esmaltasen con piedras preciosas.

Diéronse priesa, y concluyeron presto la obra. Era una cruz de oro, de la altura de una pica, enriquecida con preciosísimas piedras; en la parte superior habia una cifra ó monograma, que explicaba el nombre de Jesucristo, acompañado de la primera y última letra del alfabeto griego, para significar que Cristo es principio y fin de todas las cosas. Del travesaño de la cruz pendía una pequeña bandera cuadrada, de una riquísima tela de púrpura, bordada de oro y cargada de piedras preciosas: encima de la bandera y por debajo de la cifra estaban bordados con hilo de oro los bustos del emperador y de sus hijos. A este nuevo estandarte se le dió el nombre de *Lábaro*, y lo llevaban delante del mismo emperador los oficiales mas valientes y mas piadosos de sus guardias. Mandó Constantino que se hiciesen otros muchos semejantes, repartiendo uno á cada legion de sus tropas; y haciendo esculpir en su morrion una cruz de oro con el monograma del Salvador del mundo, ordenó que se esculpiese tambien en los broqueles de todos sus soldados. Despues hizo venir á su presencia algunos obispos, y habiéndose instruido en los principios de nuestra religion, resolvió no permitir otra en toda la extension de su imperio.

Entre tanto salió Majencio de Roma con su formidable ejército, en número de mas de ciento y ochenta mil combatientes. Constantino, lleno de confianza en la cruz de Jesucristo, derrotó sus tropas; el tirano se anegó en el Tiber: jamás se vió en el